

Orar...

Autor: S. Fayard

Respiración del alma, expresión de la fe, impulso de amor, combate espiritual, la oración es vital para el creyente. Por medio de la oración se acerca a Dios para pedirle ayuda, pero también para agradecerle y adorarlo. A través de ella, el cristiano expresa su dependencia de Dios y testifica que el hombre no está solo en el universo, sino que Dios existe y obra.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
Características de la oración	4
Su objetivo	4
Sus resultados	5
¿A quién debemos orar?	5
¿Cómo orar?	6
Conscientes de nuestra necesidad	6
Con amor y fe	6
Con el corazón y el entendimiento	7
En el estado moral conveniente	7
En el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu Santo	8
Las diferentes formas de oración	9
La alabanza y la adoración	9
La espera en Dios	10
La confesión y la humillación	10
La petición	11
Los agradecimientos	12
La intercesión	12
Condiciones favorables para la oración	13
Práctica de la oración	15
Tomarse tiempo para orar	15
Orientar nuestro corazón hacia Dios	15
Vencer las dudas y las incertidumbres	16
Permanecer en la dependencia del Señor	16
Meditar la Palabra de Dios	16
Obedecer y complacer al Señor Jesús	17
El ejemplo de cristo	18
Pensamientos sobre la oración	21

Introducción

Respiración del alma, expresión de la fe, impulso de amor, combate espiritual, la oración es vital para el creyente. Por medio de la oración se acerca a Dios para pedirle ayuda, pero también para agradecerle y adorarlo. A través de ella, el cristiano expresa su dependencia de Dios y testifica que el hombre no está solo en el universo, sino que Dios existe y obra.

Características de la oración

Orar es hablar con Dios. Puede suceder que un hombre inconverso ore y Dios le responda (Jonás 1:14). Pero, en un sentido más profundo, orar es la expresión de la nueva vida que Dios da al que confía en él. La prueba de la conversión de Pablo fue: “He aquí, él ora” (Hechos 9:11). Así, la oración expresa una relación personal con Dios, un hecho de fe, de confianza en Dios. Ella no es, pues, una obra meritoria. No se trata de hablar mucho (Mateo 6:7) sino de acercarnos a Dios con respeto y amor.

La oración cristiana en ningún caso es un acto mágico, una clase de «mantra» que debamos repetir sin cesar para tener poder. Una práctica tal es totalmente ajena a la Palabra de Dios y se parece más bien a las costumbres de las religiones paganas. Orar tampoco es un acto de misticismo en el cual uno busca penetrar en su vida interior para alcanzar ciertas «cimas». Eso sería el «yo» contemplando al «yo». No, la oración nos pone en presencia de Dios. El creyente que ora no está solo, está con su Dios. No se mira a sí mismo sino que mira a su Dios.

Su objetivo

Oramos primeramente para que Dios sea glorificado. Cuando por la fe nos acercamos verdaderamente a Dios, el deseo de honrarlo crece en nosotros. Entonces, ligados a ese deseo, oramos para discernir y cumplir la voluntad de Dios. Orando aprendemos, no a imponer nuestro pensamiento a Dios, sino a someternos a él. Por medio de la oración buscamos lo que Dios desea y lo aceptamos para hacerlo. “Hágase tu voluntad”, nos enseña a decir Jesús en el modelo de oración que dio a sus discípulos (Mateo 6:10). Él mostró el ejemplo supremo aceptando morir en la cruz (Mateo 26:42).

Ligados al deseo de glorificar a Dios, también oramos para ser fortalecidos en el combate cristiano (Colosenses 4:12), un combate por el Evangelio, por el bien de la Iglesia y de todos los hombres (2 Tesalonicenses 3:1; 2 Corintios 11:28).

Oramos porque tenemos necesidad de Dios, para acercarnos a él y buscar su rostro (Hebreos 4:16; Salmo 27:8). “Buscar su rostro” no es concentrarse tratando de imaginarse el rostro de Dios; Dios es espíritu. Eso sería idolatría (Éxodo 20:4). Tampoco es tratar de experimentar sentimientos maravillosos, lo que en definitiva no sería sino buscarse a sí mismo. Tampoco es esperar visiones o manifestaciones de orden espiritual. ¡No! “Buscar su rostro” es, por la fe, buscar la presencia de Dios, pensar en el Señor, entregarnos a él. Nuestra oración es un deseo de acercarnos a Dios, una sed de su comunión (Salmo 42:2). Esta sed y este deseo son dados por Dios.

Sus resultados

Dios responde de dos maneras a la oración de sus hijos. Primero les da su paz y los libra de la angustia (Filipenses 4:7; 1 Samuel 1:15, 18; Salmo 34:17). Podemos echar sobre él toda nuestra carga porque él tiene cuidado de nosotros (1 Pedro 5:7). Luego, Dios nos concede lo que le pedimos si nuestra petición es conforme a su voluntad (1 Juan 5:14). A veces, para fortalecer nuestra fe, no nos responde inmediatamente. Por eso nos es necesario perseverar en la oración. Por último, si nuestra petición no es conforme a su voluntad, Dios nos dirá “no” y nos aclarará esta respuesta, siempre fortaleciendo nuestra fe (2 Corintios 12:9).

¿A quién debemos orar?

Cuando oramos es importante saber a quién nos dirigimos.

Cristo descendió del cielo para darnos a conocer a Dios como nuestro Padre (Lucas 11:2; Mateo 11:27; Juan 17:26). Desde entonces podemos dirigirnos a Dios como un hijo habla a su padre, en una comunión íntima y feliz.

Lo hacemos con respeto y humildad, pero con la seguridad de ser escuchados, aunque nuestra voz sea un simple balbuceo. Oramos al Padre en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu Santo (Juan 16:23; Judas 20).

También oramos al Señor Jesús (2 Corintios 12:8; Hechos 7:59). Él es ese amigo más unido que un hermano (Proverbios 18:24), que simpatiza con todas las angustias de los suyos (Isaías 63:9).

El Nuevo Testamento no da ningún ejemplo ni exhortación a orar al Espíritu Santo. En cambio, pone en estrecha relación la oración y el Espíritu Santo. Éste es quien da a los creyentes la libertad para invocar a Dios como Padre, la certeza de ser hijos de Dios (Romanos 8:16). Él los ayuda (Romanos 8:26) y los sostiene en su vida de oración. El Espíritu Santo les encarece las diversas necesidades, hace brotar la alabanza hacia Dios, da las palabras para expresarla (1 Corintios 2:12-13) e intercede por ellos conforme a la voluntad de Dios (Romanos 8:27).

¿Cómo orar?

Si somos conscientes de la grandeza, la majestad y la santidad de Dios, oraremos a él con reverencia y temor (Hebreos 12:28). El que conoce a Dios como su Padre es caracterizado por la humildad y el sentimiento de su propia pequeñez, pero también tiene la seguridad de ser amado y escuchado.

Conscientes de nuestra necesidad

Una de las primeras condiciones para orar es ser conscientes de nuestra necesidad. Aquel que dice: “Yo soy rico... y de ninguna cosa tengo necesidad” (Apocalipsis 3:17), no siente la urgencia de invocar a Dios. En cambio, el creyente que se da cuenta de su pobreza espiritual se acerca voluntariamente al Padre. En cada circunstancia de su vida acude a Dios, quien es la fuente de todo bien (Santiago 1:17).

Nuestra necesidad más grande, ¿no es Dios mismo?

Con amor y fe

La oración tiene su origen en un llamamiento de Dios. No somos nosotros los que tomamos la iniciativa para orar, es Dios quien nos llama a orar. Orar es, pues, una gracia que Dios nos concede. Dios no cesa de dirigirse hacia nosotros y nos invita a ir a él y amarlo. Este imperativo de amar a Dios (Mateo 22:37) quebranta nuestra autosuficiencia y constituye el comienzo de la verdadera oración.

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Para orar es necesario ser sensibles al amor de Dios y recibirlo por la fe en nuestra vida. ¡Qué felicidad experimentar que Dios nos ama, confiar en él y dejarnos guiar por él! La confianza en el amor de Dios nos conduce a invocarlo en cada necesidad, a dejarlo intervenir en el pormenor de nuestra vida.

Somos exhortados a pedir con fe (Santiago 1:6), es decir, ser ejercitados espiritualmente haciendo intervenir a Dios para «involucrarlo» en una causa según él. Es, por lo tanto, pedir sabiendo que él quiere y puede responder, y que responderá. Para esto es necesario estar fundados sobre la roca, la roca de la Palabra de Dios, y poner toda nuestra confianza en Jesús, nuestra roca. Necesitamos estar bien seguros de toda la voluntad de Dios y no ser de “doble ánimo”, esto es, no estar inciertos en nuestros pensamientos (Santiago 1:8). Cuando pedimos con fe, según la voluntad de Dios, el Espíritu Santo nos da la convicción que Dios ha escuchado nuestras peticiones, y esto incluso antes de que el suceso demandado se produzca (1 Juan 5:15).

Con el corazón y el entendimiento

Cuando oramos, debemos hacerlo con el corazón (Marcos 7:6). No se trata de caer en el sentimentalismo, sino de expresar las necesidades reales y sentidas. Las palabras no siempre expresan lo más profundo de nosotros mismos, incluso pueden encubrir una negativa de abrirse a Dios. Uno no ora con las ideas, sino con su persona. No con lo que uno sabe, sino con lo que vive. La oración debe reflejar lo que soy, ella me implica.

Orar con el corazón, orar “con el espíritu” debe ir a la par con orar “con el entendimiento” (1 Corintios 14:15). Cuando oramos, no se trata de hacer callar nuestra inteligencia, dada por Dios (Daniel 1:17), sino de ponerla al servicio del Señor para comprender, con la ayuda de su Espíritu, su pensamiento y su voluntad. Orar con el entendimiento supone que nosotros y los demás comprendamos las palabras que pronunciamos y que nuestra oración esté de acuerdo con la Escritura.

En el estado moral conveniente

Para ser escuchado por Dios, la oración debe estar acompañada del estado moral conveniente. La conciencia de su gracia nos guardará en la humildad (1 Pedro 5:5), que no presume de sus fuerzas sino que cuenta con Dios.

También debemos orar con rectitud (Proverbios 15:8), con el deseo de obedecer y obrar en consecuencia. Bien podemos preguntarnos: ¿Deseo verdaderamente lo que pido? ¿Lo espero realmente? “Una cosa he demandado al Señor, ésta buscaré” (Salmo 27:4). La oración nos asocia a la obra de Dios. Para responder a nuestras oraciones, Dios puede pedirnos una participación activa. Negarnos a ello haría de la oración una vía de escape. Nehemías, por ejemplo, oró por los muros de Jerusalén y asumió la tarea de su reconstrucción.

Entre las cualidades morales que convienen a la oración, el espíritu de perdón es muy importante (Mateo 6:12). Si guardamos sentimientos de amargura, rencor, etc., nuestras oraciones serán estorbadas. En global, toda nuestra vida práctica tiene repercusiones en nuestra vida de oración (Proverbios 21:13; Isaías 58:9).

En el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu Santo

Debemos orar en el nombre del Señor Jesús (Juan 14:14). Dios nos es favorable a causa del Señor Jesús. Pedir en el nombre de Jesús significa identificarse con él, con su pensamiento, sus deseos, su voluntad, e implica que aceptamos su señorío sobre nuestros sentimientos, pensamientos, decisiones, es decir, sobre toda nuestra vida. Sólo por medio de Jesús podemos orar al Padre.

Por último, debemos orar en (o por) el Espíritu (Efesios 6:18). Cuando oramos en el Espíritu, nuestros pensamientos y deseos están en acuerdo con su pensamiento, estamos ocupados en las cosas del Espíritu, gustamos su comunión (Romanos 8:5; 2 Corintios 13:14). Cuando entramos en la presencia de Dios, deberíamos mirar hacia él para que su Espíritu obre en nuestros corazones, los anime, los eleve en la oración. Entonces podemos orar libremente, de una manera directa, ferviente, poderosa.

Las diferentes formas de oración

Es importante considerar cómo oramos, pero también el contenido de nuestras oraciones. Una vida de oración equilibrada comporta diferentes facetas. En primer lugar:

La alabanza y la adoración

Centrarse sólo en Dios

“ Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre (Hebreos 13:15).

Nada tiene más valor para Dios que la adoración y la alabanza que le brindan sus hijos. El Padre busca adoradores (Juan 4:23). Éste será nuestro privilegio durante la eternidad, y podemos gozarlo desde ahora aquí en la tierra.

No obstante, un solo pecado en la conciencia nos hace incapaces de adorar a Dios como conviene.

Alabar a Dios es expresar nuestra admiración delante de lo que él es y hace. Cuando comenzamos a comprender cuán grande y bueno es Dios, cuán maravillosa es su gloria, nuestra boca se llena de alabanza (Salmo 71:8). La alabanza está unida al gozo, un gozo celestial que viene de Dios y permite loarlo, incluso en las circunstancias adversas (Hechos 16:25; Mateo 11:25).

La alabanza y la adoración están muy relacionadas. En la alabanza recordamos más bien los hechos y los beneficios, mientras que en la adoración nos inclinamos ante Dios por lo que él es, por sus atributos y cualidades. Nos olvidamos de nosotros mismos y somos cautivados por Dios y por la revelación de él mismo en Cristo. Experimentamos un gozo inefable y glorioso. Algunos motivos de adoración y alabanza son la grandeza y la majestad de Dios visibles en la creación; su gloria en la obra de la redención, sus designios eternos y bienhechores hacia los creyentes; la vida del Señor Jesús, su gloria moral, su amor, sus sufrimientos, su muerte, su resurrección, su glorificación a la diestra del Padre.

La adoración, como la alabanza, es personal y colectiva a la vez, porque todo verdadero cristiano forma parte de la Iglesia, la esposa de Cristo. La iglesia es la que en particular adora durante el culto, cuando los cristianos están reunidos alrededor del Señor Jesús. La adoración es una respuesta de amor que brota de nuestros corazones, por el Espíritu Santo, en la meditación del amor de Dios. Ella pone a Dios en el centro de nuestra vida.

La espera en Dios

Abrir nuestro corazón a Dios

“ Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová (Lamentaciones 3:25-26).

Esperar en Dios es esperar todo de él: el alimento como la vivienda, el consejo como la protección. Es saber que sólo él puede colmar nuestras necesidades y darnos el ánimo, el gozo y la esperanza renovada.

Luego, es hacer silencio en nosotros y alrededor de nosotros a fin de estar disponibles para Dios (Mateo 6:6) y abrirnos a su amor. Entrar en su presencia requiere tiempo y recogimiento (Eclesiastés 5:2). Esta espera silenciosa nos aleja de las conversaciones y preocupaciones materiales. Por eso es bueno que pasemos los primeros momentos de nuestra oración en el silencio, para que nuestros pensamientos se dirijan hacia Dios.

La confesión y la humillación

Hablar a Dios de nuestros pecados

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

Cuando oramos y leemos la Palabra de Dios, ciertos pecados pueden venir a nuestra memoria. Para ello tenemos un recurso: la confesión. Es el hecho de estar de acuerdo con Dios sobre nuestra culpabilidad y expresárselo por medio de palabras. Pero es necesario ser precisos en esto. Al acercarnos a Dios con el fin de la confesión, nuestros pensamientos se vuelven a la cruz de Cristo donde su preciosa sangre fue vertida.

Tan pronto como tomamos conciencia de que una acción cometida ha desagradado a Dios, debemos confesárselo y dejar de hacerla (Proverbios 28:13). La confesión es la parte más humillante de nuestra vida de oración. Por eso a veces nos gustaría corregirnos antes de presentarnos ante Dios. ¡Pero esto es desconocer la gracia! Acudamos a Dios tal cual somos, y luego humillémonos profundamente ante él. Él es fiel y justo para purificarnos de toda iniquidad (1 Juan 1:9). El reposo de nuestra alma y la paz con el Señor son la consecuencia: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Salmo 32:1). La confesión también debe

ser hecha a las personas a quienes hemos ofendido, restituyendo el daño causado dentro de lo posible (Levítico 5:5; Números 5:7). La confesión hecha a un hermano (Santiago 5:16) puede ser una verdadera ayuda para prevenir una nueva falta moral.

La humillación (1 Pedro 5:6), cercana a la confesión, es más bien un estado de alma que consiste en inclinarnos ante Dios, reconociendo nuestras faltas y aceptando humildemente las consecuencias. Humillándonos, juzgamos tanto el mal como a nosotros mismos, para así tener la misma apreciación que Dios. La humillación no debe conducirnos al desánimo sino a confiar en la sola gracia de Dios (2 Samuel 16:12).

La petición

Hablar a Dios de nuestras necesidades

“ Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:6-7).

Esta forma de oración es sin duda la más practicada. Entre las peticiones podemos distinguir: **la súplica** ante una necesidad urgente, o **la petición** que expone sus necesidades a Dios (Salmo 140:6; Daniel 9:17-18).

Las peticiones respondidas son una fuente de gozo (Juan 16:24) porque nos hacen tomar conciencia de que Dios nos ama. Nuestras peticiones deben ser precisas, humildes y confiadas. No debemos pedir para gastar en nuestros deleites (Santiago 4:3), sino para vivir la verdadera «pobreza» que recibe todo de Dios y experimenta que todo es gracia de su parte.

El lamento (la congoja o la queja) evoca el dolor que exponemos al Señor (1 Samuel 1:10-16, V. M.; Salmo 55:2, V. M., Salmo 102, título). **El suspiro** (o gemido) expresa los sentimientos de aquel que está abatido. El gemido es escuchado por Dios como una oración (Romanos 8:26); también puede ser un ardiente deseo, una aspiración profunda (Salmo 119: 131). **El clamor** (o grito) es el llamado urgente de aquel que ya no tiene ningún recurso y cuya única esperanza es que Dios lo socorra (Jonás 2:1-2; Salmo 18:6; 102:1-2). Nos constreñimos pensando en el grito del Señor Jesús en la cruz (Salmo 22:2; 40:1).

Los agradecimientos

Dar gracias a Dios

“ Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias (Colosenses 4:2).

El agradecimiento está íntimamente ligado a la petición. Cuando el Señor nos responde, ¿le agradecemos? Los agradecimientos deberían formar la base de nuestras oraciones, e incluso de toda nuestra vida (Colosenses 2:7; Daniel 6:10). “Dando siempre gracias por todo” (Efesios 5:20). Es una actitud interior, una vida constantemente impregnada de reconocimiento hacia Dios, y en consecuencia de alabanza. Ésta fue la parte del Señor Jesús como hombre en la tierra. Él recibía todo del Padre, hasta las palabras que pronunciaba (Juan 8:28). Sin cesar hacía subir hacia su Padre su amor y agradecimiento (Juan 11:41; Marcos 8:6).

Él es “el Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10). Acogiendo esta declaración de la Escritura, enfocamos nuestra vida de manera muy diferente. Donde no veíamos sino un suceso sin interés ni valor, ahora se revela la atención amante del corazón de Dios. Los días desgranar las maravillas de Dios y cada una de ellas nos atrae hacia él, humildemente y con amor. Debemos dar gracias cuando Dios nos responde, agradecerle por todas las bendiciones recibidas. Incluso en medio de las dificultades y del sufrimiento podemos aprender a agradecerle a Dios su amor que nunca cambia y que se manifiesta sobremanera durante el tiempo de nuestros problemas o vicisitudes.

La intercesión

Hablar a Dios de los demás

“ Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres (1 Timoteo 2:1).

La intercesión ha sido llamada el amor que se arrodilla. Ella es una forma directa y práctica de vivir y afirmar nuestro amor por nuestros hermanos (1 Juan 5:16). El cristiano que intercede coopera con la obra de Dios. Se olvida de sí mismo y piensa en los otros. La intercesión es un combate que exige perseverancia (Colosenses 4:12).

Interceder por un hermano que ha pecado no significa minimizar su falta ni tener piedad de él. Siempre debemos aborrecer el mal (Romanos 12:9). Se trata de comer el sacrificio por el pecado en lugar santo (Levítico 10:17), es decir, humillarse ante Dios por la ofensa que se le ha hecho por ese pecado.

El que intercede por su hermano lo hace por amor. Lo hace sabiendo que “él también está rodeado de debilidad” (Hebreos 5:2). No puede ser un acto altivo. La intercesión es hija de la misericordia y está inspirada por el ejemplo de nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesús, el Hijo de Dios (Hebreos 5:10; 8:1).

Condiciones favorables para la oración

La sobriedad y el ayuno: privarse para estar más disponible para Dios

“ Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto (Mateo 6:6).

Nuestras oraciones requieren condiciones favorables: el silencio interior pero también el silencio exterior, la intimidad y la soledad (Lucas 6:12; Marcos 1:35). El estado de tranquilidad interior, de espera y dependencia nos conduce a elevar nuestros pensamientos hacia Dios. También podemos experimentarlo durante los momentos de insomnio, los períodos de enfermedad, los contratiempos, etc.

Sepamos detenernos verdaderamente para orar. Aprendamos a poner límites en el empleo de nuestro tiempo y reservar momentos para orientar nuestros pensamientos hacia Dios. La sobriedad va a la par con la oración. ¿Cómo manifestar realmente nuestra dependencia del Padre si estamos llenos de las preocupaciones del mundo? Nos conviene una permanente actitud moderada. A veces, un tiempo de ayuno resulta útil (Hechos 13:2) cuando corresponde a una necesidad interior de someter el alma a Dios. Sin embargo, se corre el riesgo de hacer del ayuno un medio para envanecerse. “No mostrar a los hombres que ayunas”, exhorta Mateo 6:16-18. El ayuno tampoco es una obra para ganar el favor de Dios. Finalmente, por el ayuno, podríamos caer en el ascetismo (Colosenses 2:20-23).

El ayuno permite estar más disponible para “las cosas de arriba” (Colosenses 3:1). El cristiano puede sentir la necesidad de ayunar cuando atraviesa tentaciones particulares (Mateo 4:2), a fin de buscar la presencia de Dios. También puede ayunar cuando tiene que tomar una decisión, o para facilitar la oración en ciertas pruebas particularmente difíciles (Lucas 6:12; Hechos 13:2; Marcos 9:29).

Práctica de la oración

Tratemos ahora de identificar algunos de los obstáculos a la oración y los recursos para superarlos.

Tomarse tiempo para orar

Orar, y hacerlo regularmente, es algo difícil, tenemos que reconocerlo. “¿No habéis podido velar conmigo una hora?” (Mateo 26:40). Cuanto más pesada se nos haga la oración, más negligentes somos en cuanto a ella. El resultado es una decadencia de nuestra vida espiritual. Para escapar de este encadenamiento, debemos tomar conciencia de que el deseo de orar nos es dado por Dios (Filipenses 1:4; 2:13). La oración es un don de Dios (Salmo 40:3). Debemos recibir ese don, ese deseo de orar, y no hacer otra cosa durante el tiempo consagrado a la oración.

Pero no pensemos que lograremos orar sin pagar el precio. No se trata de tomar decisiones compulsivas, sino de disponer nuestra vida a fin de tomar el tiempo para orar, y eso regularmente. Consideremos el ejemplo de Daniel, de los apóstoles, y las reiteradas exhortaciones a la oración en las epístolas. Por supuesto, hay obstáculos, responsabilidades, cosas que hacer, etc. Seamos firmes, con la ayuda de Dios, para conservar ese tiempo de oración. Sepamos esperar en Dios, quien allanará las dificultades. Siendo conscientes de nuestra propia debilidad, nos volvemos fuertes porque el poder de Dios reposa sobre nosotros (2 Corintios 12:9).

Orientar nuestro corazón hacia Dios

A veces, cuando oramos, la presencia de Dios se hace real y llega a ser una fuente de paz, de ánimo y de gozo. Pero otras veces nuestras oraciones nos parecen rutinarias, frías, sin vida. Dios nos parece lejano. Los fieles del Antiguo Testamento vivieron las mismas experiencias. Pero no por ello cesaron de orar, sino que se lo dijeron al Señor (Salmo 10:1; 13:1). Ahí está el remedio.

Notemos también que la calidad de la oración no se mide por los sentimientos que experimentamos al terminarla. Toda actitud que pone el énfasis sobre los sentimientos, pierde de vista que el centro de la oración es Dios y no nosotros mismos. El objetivo de nuestra oración no debe ser sentirnos bien, sino conocer mejor a Dios, discernir su voluntad y aprender a honrarlo más. En fin, vivir lo que la Palabra llama el temor de Dios.

Vencer las dudas y las incertidumbres

La fe en Dios es primordial en las oraciones (Hebreos 11:6). ¿Entonces qué hacer en caso de duda? Una distinción se impone: existen dos tipos de duda. Una aleja de Dios, la otra conduce hacia él. El primer tipo es la duda por incredulidad, que rehúsa creer, ver su propia necesidad e ir hacia Jesús (Juan 5:40). Es un pecado que debe ser confesado y abandonado. El otro tipo de duda más bien se debe a nuestra debilidad. Esta duda es una angustia, un dolor, una debilidad que afecta nuestro espíritu (Marcos 9:24). Esas turbaciones de la fe pueden ser más o menos dolorosas y prolongadas. Pero si consideramos esas dudas como una prueba permitida por nuestro Padre, “Padre de los espíritus” (Hebreos 12:9), éstas pierden su aguijón de angustia y turbación. Se convierten en la ocasión de entregarnos enteramente a él, actitud que es lo propio de la fe.

Permanecer en la dependencia del Señor

Otro obstáculo para nuestra vida de oración es esa profunda tendencia a ser independientes. Cuando todo va bien, fácilmente nos volvemos negligentes para orar. Nos alejamos de Dios, queremos vivir por nuestra cuenta, y en consecuencia llega el fracaso, un fracaso que durará hasta que nos volvamos nuevamente al Señor. ¡Tenemos necesidad de él para todo!

Se ha dicho: debilidad y fe van juntas. Sólo el que es consciente de su propia debilidad sabe orar verdaderamente. Ha aprendido que no puede valerse por sí mismo y cada día lleva a Dios sus necesidades de una u otra índole. El sentimiento de su fragilidad lo impulsa a orar para recibir el socorro y la misericordia del Señor (Salmo 6:2).

También podemos estar agobiados por el trabajo hasta tal punto que no hallamos más un momento para estar con Dios. Si la oración en palabras o en pensamiento no puede ser constante, en cambio el espíritu de oración puede serlo (1 Tesalonicenses 5:17). El Señor desea que vivamos continuamente conscientes de su presencia. Para perseverar en la oración, es necesario permanecer en su amor. Porque el poder de la vida de oración es el amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5).

Meditar la Palabra de Dios

Ciertamente, la lectura y la meditación de la Escritura es uno de los recursos más grandes dados al cristiano para su vida de oración. Leer la Biblia y orar son dos acciones que van juntas, como la inspiración y la espiración de nuestros pulmones (Jacob: Génesis 31:13; 32:9. Moisés: Éxodo 33:12-13; Números 7:89. David: 2 Samuel 7:27. Daniel: Daniel 9:2-3. Habacuc: Habacuc 3:2. Comparar también Lucas 10:38-42 y 11:1-13).

Es importante mantener este equilibrio entre las dos. El que estudia la Biblia sin orar, rápidamente se vuelve seco y sin vida. El que ora sin tomarse el tiempo para leer la Palabra, pronto cae en peticiones vagas y se expone a tomar sus propios pensamientos como si fueran los del Señor.

La oración es una conversación con Dios. Cuando leemos, Dios es quien nos habla. Cuando oramos, hablamos con Dios.

Por medio de la oración y la meditación buscamos conocer mejor al Señor para así agradecerlo y amarlo mejor. Meditar la Palabra es tomarse el tiempo para reflexionar en el texto bíblico, su significado, sus diferentes aspectos y qué implica en nuestra vida. Cuando meditamos la Biblia, el Espíritu Santo nos toca y en respuesta hace brotar la alabanza y las acciones de gracias, pero también la confesión y la intercesión, etc. Entonces nuestra oración expresa peticiones inspiradas por la Escritura y se fortalece en las promesas divinas.

La Escritura nos relata varias oraciones de hombres y mujeres de fe. Contiene un libro casi exclusivamente consagrado a las oraciones. Es el libro de los Salmos, el cual ha sido llamado «el corazón de la Biblia». Leer y meditar en las oraciones de la Biblia nos fortalece. El modelo de oración dado por el Señor Jesús a sus discípulos (Mateo 6:9-13) puede orientar nuestra manera de orar .

Obedecer y complacer al Señor Jesús

El apóstol Juan relaciona claramente la respuesta a la oración con el hecho de guardar los mandamientos del Señor (1 Juan 3:22). Para tener una respuesta, es verdad que no debemos apoyarnos en nuestra obediencia sino únicamente en la gracia de Dios. Sin embargo, si no buscamos agradar al Señor, si nos negamos a obedecerlo, Dios no responderá a nuestras oraciones (Isaías 59:1-2).

Finalmente, el gran recurso para ser escuchado es permanecer en Cristo (la comunión, Juan 15:7), que sus palabras permanezcan en nosotros (la obediencia) y orar en el Espíritu Santo (Judas v. 20, Efesios 6:18).

El ejemplo de cristo

Para terminar, quisiéramos poner ante cada uno de nuestros lectores el ejemplo de Cristo. Él nos ha dejado ejemplo, para que sigamos sus pisadas (1 Pedro 2:21). Cristo, el hombre perfecto, fue el hombre de oración. Confirmó ese papel central de la oración mediante su enseñanza y su vida. Se dirigía a su Padre en todo lugar y en todo tiempo; pasaba noches enteras orando (Mateo 11:25-27; 14:23; Juan 11:41-42). La oración era el signo de su confianza inalterable en su Padre, la expresión de su comunión con él.

Varias veces el evangelio de Lucas, el cual hace resaltar su humanidad, nos presenta al Señor Jesús orando.

Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia (Lucas 3:21-22).

Estos versículos ponen en relación la oración y el Espíritu Santo. El ejemplo de Jesús es dado a todo creyente que desea servir. Debemos orar para pedir a Dios su ayuda y dejar al Espíritu Santo obrar en nosotros.

Su fama se extendía más y más; y se reunía mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades. Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba (Lucas 5:15-16).

El Señor buscaba la aprobación del Padre y no la de las multitudes. El fiel servidor, aunque sea puesto por delante por las necesidades del servicio, sabrá evitar las exaltaciones, peligrosas para él, y orará con fervor para ser guardado en humildad.

En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles (Lucas 6:12-13).

En la Escritura, el monte es símbolo de comunión. ¿Por qué la insistencia sobre el verbo orar en este versículo? Según nos parece, porque cuando llegara el día, Jesús debería tomar una decisión muy importante: elegir a los doce apóstoles. Igualmente el cristiano, antes de tomar cualquier decisión, debe dirigirse a Dios para ser conducido por él. ¡Qué diferencia entre una decisión tomada según nuestros propios pensamientos y una decisión tomada según las directivas del Señor!

Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos (Lucas 9:18).

El Señor Jesús oró antes de interrogar a sus discípulos. Era necesario que Dios obrara en ellos para que discernieran quién era él y aceptaran la parte de sufrimientos que le correspondía. La presentación de la Palabra debería ir acompañada de oración por los que la van a escuchar.

Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar (Lucas 9:28).

Jesús oró en el momento en que su gloria iba a ser manifestada. Nada pudo hacerlo abandonar su lugar de dependencia y confianza en su Padre. La humildad del Señor forma parte integrante de su misma gloria, mientras que nosotros nos exaltamos tan fácilmente.

Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar (Lucas 11:1).

¡Qué gracia haber escuchado orar al Señor Jesús! Su deseo es enseñarnos a orar también. La piedad llama a la piedad, la actitud tan hermosa del Señor incita a los suyos a imitarlo.

Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya... Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra (Lucas 22:41-44).

En esta lucha angustiada, la santa voluntad del Hijo se desvaneció ante la santa voluntad del Padre. ¡Qué distancia moral entre el Señor y nosotros! Esta escena hace brillar su gloria con un resplandor sin igual.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23:34).

Es la primera palabra que escuchamos de Jesús crucificado. Y es una oración. No pensaba en sí, sino que intercedía por sus verdugos.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas 23:46).

Después de haber sufrido el abandono de su Dios, como nos lo revela su cuarta palabra: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46), en plena paz Jesús entregó su espíritu a su Padre. Su última palabra antes de morir fue una expresión de perfecta confianza. Como él, nosotros también podemos confiar en nuestro Dios y Padre. Él toma en sus manos a cada uno de sus hijos que pasan por la muerte.

Y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo (Lucas 24:50-51).

El Señor Jesús subió al cielo orando y bendiciendo a sus discípulos. Allá, siendo él nuestro Sumo Sacerdote, intercede por todos los que confían en él. Tal vez lo más importante para nuestra vida de oración es saber que Jesús ora en este mismo momento por usted y por mí (Hebreos 7:24-26).

Pensamientos sobre la oración

Orar es hablar con Dios, con la libertad de un hijo ante su padre y el santo temor de un mortal delante de Dios.

A. Monod

La oración es un privilegio muy grande. “He tenido el atrevimiento de hablar al Señor, yo que soy polvo y ceniza” (Génesis 18:27, V. M.).

Abraham

Todo es más fácil cuando uno ora.

Palabras de un niño

Escucha, hijo mío, no acortes nunca tus encuentros con Dios en la mañana antes de salir.

W. Wilberforce a su hijo

No hay nada comparable al poder inspirador de la alabanza para liberar el corazón de todos los lazos de este mundo.

G. V. Wigram

La intercesión supone que estamos bastante cerca de Dios como para conocer las necesidades de la Iglesia.

J. N. Darby

Nunca hable de Dios sin hablar a Dios.

Coleridge